III Concurso literario
de poesía y cuento

FRAGMENTOS IMPERFECTOS

✦

Profesorado en
Lengua y Literatura

2026

Categoría Poesía

Trabajos premiados

1 ° premio: Constelación
Autora: Bibiana Rogani

2 ° premio: Incondicionalmente
Autora: Julieta Demarchi

1 ° mención: La llave
Autor: Diego Grazioso

2 ° mención: Arte y latido
Autor: Marisel Rodriguez

PRIMER PREMIO
CATEGORÍA POESÍA

CONSTELACIÓN

Recorto mi cuerpo por las cicatrices
desprendo cada parte como piedras
la niña que fui
no figura en los mapas.

Sueño con un puente quebrado
un cardumen de hojas secas
crepitan bajo mis pies descalzos.

Clausurar la boca
suturar los labios
vendar los ojos.

Sinfonía de gritos
aturden la memoria.

Tus manos rozan las barajas del infierno.

OMEGA

SEUDÓNIMO: OMEGA
AUTORA: BIBIANA ROGANI
CAÑADA DE GÓMEZ

Instituto Superior del Profesorado N°5 "Perito F. Moreno"

Profesorado en Lengua y Literatura

III Concurso Literario Nacional de Poesía y Cuento:

"Fragmentos imperfectos"

1ER LUGAR - CATEGORÍA POESÍA

Constelación, de Omega

Hay poemas que, aun en su brevedad, dejan una huella que persiste más allá de la lectura. *Constelación* es uno de ellos. Su fuerza reside en la capacidad de decir sin nombrar del todo, de construir una red de imágenes que, verso a verso, palabra a palabra y entre las pausas que habitan la lectura, revela un dolor que parece resistirse a la palabra.

Los versos trazan un recorrido que va desde las figuras y los mapas hacia el territorio de la identidad y el cuerpo. En ese desplazamiento, las imágenes aparecen de manera inesperada y, al encontrarse unas con otras, tejen una constelación de sentidos. «Algo» del cuerpo se vuelve mapa, y «algo» del mapa parece llevar las marcas de una historia que no termina de decir-se, de aquello que quedó inscrito en la piel, en la memoria, en ese territorio donde una experiencia todavía busca la forma de nombrarse.

La cadencia de los versos acompaña ese recorrido. Instala un ritmo que sostiene la tensión entre lo que se insinúa y aquello que permanece oculto. Al final, las imágenes persisten, continúan resonando más allá del poema, como si la voz poética dejara abiertas las puertas de un dolor que no puede ser dicho, pero que se vuelve visible en la trama metafórica que el texto construye.

En los versos finales, esa tensión encuentra su punto más nítido. La irrupción de los gritos, de las manos que rozan el infierno, deja ver que ese territorio simbólico que el poema venía trazando es también la superficie de una herida. Allí el cuerpo se endurece, la palabra se sutura y parece llegar al límite de lo decible. Ese gesto final resignifica todo el recorrido anterior y confirma la fuerza movilizadora y sensible del poema, porque, aun en el imaginario del lector, persiste una verdad que resuena en el borde del silencio.

Cabello, Francisco - Delaygue, Valentina - Tocalli, Natalia

Seudónimo: Viernes

SEGUNDO PREMIO
CATEGORÍA POESÍA

INCONDICIONALMENTE

Empezar a fallarte

repetidamente,

maquiavélicamente,

con fines y medios.

Fingir un olvido,

actuar un descuido,

ahorcando al recuerdo

maquillando la mente.

Ser indiferente,

blanquear la mirada

con ojos de piedra,

pupilas de pez.

Empezar a fallarte

para que comprendas

que no soy inmortal,

que soy prescindible.

Seudónimo: Viernes

Empezar a fallarte

para que no me esperes,

para que no me cuentes,

para que me condenes.

Empezar a fallarte

como si no doliera,

como sin darme cuenta,

así, naturalmente.

Necesito empezar a fallarte

incondicionalmente,

para decepcionarte,

o desaparecer de pena.

SEUDÓNIMO: VIERNES
AUTORA: JULIETA DEMARCHI
CAÑADA DE GÓMEZ

Instituto Superior del Profesorado N°5 "Perito F. Moreno"

Profesorado en Lengua y Literatura

III Concurso Literario Nacional de Poesía y Cuento:

"Fragmentos imperfectos"



2DO LUGAR – CATEGORÍA POESÍA

Incondicionalmente, de Viernes

El poema *Incondicionalmente* se estructura sobre la paradoja dada por la incondicionalidad que es más bien propia del amor pero que aquí el yo poético pondrá al servicio de la falla y la decepción; para que se lo olvide, para que no se lo necesite, como estrategia para preparar al otro ante el sufrimiento de la ausencia inevitable y de la separación.

La repetición de la frase: "Empezar a fallarte" refuerza rítmicamente el poema mostrando el devenir temporal del plan que se va llevando a cabo, poema en el que el yo poético a modo de confesión, describirá minuciosa y cabalmente métodos, objetivos, sufrimiento…

Los recursos utilizados contrastan magistral y fuertemente la frialdad del plan trazado de manera calculada y sistemática con la profundidad del dolor interno que lo impulsa.

"Ahorcando el recuerdo/maquillando la mente."

"Con ojos de piedra/pupilas de pez."

Es un poema que cala hondo en la subjetividad invitándonos a repensar cómo procedemos para intentar evitar el intenso e insondable dolor de la ausencia.

Cabello, Francisco - Delaygue, Valentina - Tocalli, Natalia

PRIMERA MENCIÓN

CATEGORÍA POESÍA

La llave

Dicen que una casa

es apenas un techo.

No.

Una casa empieza

cuando una llave

aprende el peso de una mano.

Después llegan los pasos.

El aroma del café.

Las risas

que quedan viviendo

mucho después del silencio.

Con los años,

la cerradura se desgasta.

La llave también.

Pero ninguna olvida

la puerta que las unió.

Hasta que un día,

alguien gira por última vez.

Y no lo sabe.

Desde entonces,

cada cajón guarda

un pedazo de regreso.

Basta con encontrar esa llave

para que una voz

vuelva a decir nuestro nombre.

Y entendemos,

quizás demasiado tarde,

que nunca buscamos

abrir puertas.

Pasamos la vida

buscando un lugar

donde al volver,

todavía exista

alguien esperándonos.

El Umbral

SEUDÓNIMO: EL UMBRAL

AUTOR: DIEGO GRAZIOSO ARMSTRONG

Instituto Superior del Profesorado N°5 "Perito F. Moreno"

Profesorado en Lengua y Literatura

III Concurso Literario Nacional de Poesía y Cuento:

"Fragmentos imperfectos"



1RA MENCIÓN – CATEGORÍA POESÍA

La llave, de El umbral

¿Qué es una casa? El poema explora la dimensión afectiva en relación con lo que significa ese lugar que vamos poblando de vivencias a través del tiempo, transformadas luego en recuerdos, para concluir finalmente que en última instancia lo que buscamos es un lugar donde al volver, todavía exista alguien esperándonos.

Ese hogar nace de lo propiamente humano y sus vínculos: "el peso de la mano sobre la llave, los pasos, el café, las risas."

Luego, el tiempo avanza. La cerradura y la llave se desgastan. Sin embargo, permanece la memoria que recuerda.

Posteriormente, se describe el desconocimiento del ser humano ante sus últimas veces girando la llave, lo que aporta una carga de fragilidad y vulnerabilidad al poema.

Pero "la llave" tiene la facultad de revivir el pasado y quienes somos.

El poema, de aparente sencillez, se encuentra lleno de recursos.

Personificaciones: La llave «aprende», la cerradura y la llave «no olvidan», y las risas «quedan viviendo» Se enfatiza de este modo cómo las emociones humanas dominan el espacio físico.

Metáforas: «Una casa empieza cuando una llave aprende el peso de una mano»: El inicio de la vida hogareña.

«Cada cajón guarda un pedazo de regreso»: La casa deshabitada aloja los recuerdos.

Sinestesia: «Las risas que quedan viviendo mucho después del silencio».

Antítesis: El contraste entre el silencio y las risas, o entre abrir puertas y volver.

El poema entonces nos recuerda que los seres humanos necesitamos de los demás: que una voz «vuelva a decir nuestro nombre» significa que existimos para alguien que dota de sentido nuestro regreso.

Cabello, Francisco - Delaygue, Valentina - Tocalli, Natalia

SEGUNDA MENCIÓN
CATEGORÍA POESÍA

Arte y latido

A veces, leyendo a Lorca
o recitando a Neruda,
la tristeza que me anuda
se vuelve trino y canción,
porque sé que mi poesía,
aunque duerma anestesiada,
despertará de la nada
conquistando una ilusión.

Los temores que me embriagan
no confunden mi destino
ni demoran el camino
a la sublime verdad,
que me espera en los relojes
de un Dalí que me sedujo,
hundiéndome en un embrujo
que bauticé libertad.

Un pincel autodidacta
me cobija entre sus telas
y, con roces y acuarelas,
le da motivo a mi ser;
me siento Gala en su puño
y amanecer en su cielo
cuando canto mi desvelo
por ser juglar y mujer.

SEUDÓNIMO: SESHAT
AUTORA: MARISEL RODRIGUEZ
CAÑADA DE GÓMEZ

Seshat

Instituto Superior del Profesorado N°5 “Perito F. Moreno”

Profesorado en Lengua y Literatura

III Concurso Literario Nacional de Poesía y Cuento:

“Fragmentos imperfectos”



2DA MENCIÓN – CATEGORÍA POESÍA

Arte y latido, de Seshat

Uno de los grandes aciertos del poema es cómo construye su propio mapa de filiación cultural. La voz poética no habla desde el vacío; se autodefine a través del diálogo con los grandes maestros universales:

Federico García Lorca y Pablo Neruda: Funcionan como talismanes contra la melancolía. La tristeza física ("la tristeza que me anuda") se transmuta en música ("se vuelve trino y canción"). La poesía actúa aquí como una fuerza alquímica.

Salvador Dalí: Introduce el elemento surrealista y temporal ("los relojes de un Dalí") para romper con la linealidad de la angustia y proponer un tiempo subjetivo, onírico, donde la libertad se conquista a través del embrujo estético.

En la última estrofa, el poema amplía su paleta expresiva integrando las artes plásticas ("un pincel autodidacta / me cobija entre sus telas"). La imagen de Gala (musa, compañera y co-creadora en el imaginario surrealista de Dalí) se resignifica en primera persona: "me siento Gala en su puño / y amanecer en su cielo".

El cierre es una declaración de principios identitaria de gran fuerza lírica: "cuando canto mi desvelo / por ser juglar y mujer". Esa conjunción final une la tradición de los antiguos narradores orales itinerantes (el juglar) con la afirmación de la subjetividad genérica (mujer), convirtiendo el acto poético en un territorio de resistencia y revelación.

Cabello, Francisco - Delaygue, Valentina - Tocalli, Natalia

Categoría Cuento

Trabajos premiados

1 °premio: El peso de las palabras
Autora: Patricia Polenta

2 °premio: Gigante
Autor: Leandro Calore

1 °mención: Domador
Autor: Horacio Poggi

2 °mención: El abrigo
Autor: Santiago Agostini

PRIMER PREMIO
CATEGORÍA CUENTO

El peso de las palabras

En Pulpí, un rincón de calles empedradas suspendido entre las montañas y la brisa del Mediterráneo, la guerra había sido durante semanas un rumor que se colaba en las conversaciones. Aunque en los últimos días de Julio de 1936 el correo comenzó a llegar al pueblo cargado de una realidad física e inevitable.

Pedro, el viejo cartero del pueblo, poseía una habilidad que jamás confesó a nadie. No necesitaba abrir las cartas para conocer su contenido. Le bastaba rozar el sobre con la yema de los dedos. Entonces percibía la temperatura del papel y el peso de las palabras. Al cerrar los ojos, los mensajes comenzaban a revelarse.

Las cartas de amor eran tibias y ligeras. Las comerciales, frías como una moneda. Otras llevaban el perfume de la esperanza o la aspereza del miedo.

Nunca supo el orígen de este poder. Lo conservó para sí, como quien guarda un secreto demasiado extraño para ser contado.

En las últimas sacas del correo los sobres pesaban más de lo normal. Su frialdad le congelaba los dedos. Bastaba cerrar los ojos para comprender el porqué de aquel peso. Las palabras escritas podían alterar la materia, no por la cantidad de hojas sino por aquello que contenían. La guerra ya no era un rumor: había comenzado a escribirse sobre papel.

Pedro entendía la física de la nostalgia. Algunos años atrás. él mismo había sido un soldado joven que escribía desde un frente olvidado.Recordaba cómo sus propias palabras de miedo hacían temblar a su madre al otro lado del país.

Por eso, al quedarse solo en el mundo, y sabiendo de su don, aceptó el oficio de cartero: no porque le gustara entregar correspondencia, sino para custodiar el dolor del pueblo.

Sabía que si un soldado escribía con añoranza. el sobre pesaba tanto que la bolsa de cuero le lastimaba el hombro. Si el remitente sentía pánico, el papel aleteaba como un pájaro herido.

Una tarde de otoño el pueblo se tifió de un gris inusual cuando llegó la bolsa del correo.

Hacía solo unos pocos meses que había comenzado la Guerra Civil Española.

De la bolsa se escapaba un calor sofocante que marchitaba las enredaderas de los frentes de las casas, reflejo de la pólvora de los campamentos. Entre los ásperos sobres, Pedro encontró uno que cambió el destino de una familia en particular. Estaba dirigida a Juan, un joven del pueblo que se había salvado del servicio militar obligatorio por ser el único sostén de la familia. Al tocar el sobre, el cartero retiró la mano con un escalofrio: el papel emanaba una tensión rígida y seca, un anuncio irreversible.

Pedro entregó el sobre a Juan en presencia de su madre. Empezó a abrirlo con una incertidumbre que le oprimía el pecho. No era común recibir correspondencia. A medida que Juan avanzaba en la lectura, su rostro fue cambiando. Sus ojos se oscurecieron y la tensión le endureció la mandíbula. María, su madre, sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo.

- No quiero que me leas lo que dice esa carta … ya me lo imagino - dijo ella, intuyendo la maldición que el papel arrastraba.

Juan dejó caer el sobre, que al tocar la mesa hizo crujir la madera como si pesara toneladas, y la abrazó con todas sus fuerzas.

- De todos modos vas a enterarte - murmuró- Debo presentarme la próxima semana al ejército.

Las lágrimas brotaron inmediatamente de los negros ojos de María. Un nudo le cerró la garganta y le robó las palabras. En apenas unos segundos imaginó el peor de los escenarios: hospitales abarrotados, exp1oslones lejanas y una despedida sin regreso. Un llanto desconsolado llenó la habitación apagando de golpe la luz de la tarde.

El sol iluminaba las montañas y una brisa suave arrastraba el aroma característico de los pueblos costeros. Sin embargo, ellos solo podían percibir el olor a pólvora que el papel de la convocatoria había dejado impregnado en el aire.

Los meses fueron vaciando el pueblo. Juan y la mayoría de los hombres jóvenes habían partido a la guerra. Comenzaron a llegar las primeras cartas. Sobres húmedos impregnados del olor de los hospitales. Otros tenían la aspereza del polvo de las trincheras. Algunos ni siquiera podían sostenerse en las manos. Pesaban demasiado.

Fue entonces cuando el viejo Pedro asumió su delito sagrado. Las esperaba con una ansiedad inusual. Cada vez que llegaban cartas de los soldados empapadas en la humedad densa y gris de los hospitales de campaña, derramando un hilo de agua helada que amenazaba con congelar los huesos de cualquier persona, Pedro encendía una vela en su oficina. Con el vapor de una vieja tetera abría el sobre. Leía en silencio. Hablaban de noches sin dormir. Hambre. Frío. Compañeros muertos. Miedo. Entonces con pulso tembloroso tomaba su pluma. Imitaba la caligrafía redondeada de Juan y la de otros soldados. Cambiaba la tragedia por milagros. Escribió sobre tardes doradas, sobre la certeza absoluta del regreso y sobre un sol tibio que sanaba a los enfermos. Al cerrar nuevamente cada sobre sentía que el peso cambiaba.

Cuando María recibía aquellas cartas, antes de terminar de leerlas, una sonrisa iluminaba su cara. Pedro nunca se cuestionaba si se justificaban las mentiras, solo se enfocaba en aliviar el dolor de cada familia.

Con el paso de los meses fue notando cambios en su cuerpo. El frío de la guerra parecía quedarse en sus manos. El dolor de sus dedos era cada vez más intenso. Le costaba respirar y lo hacía cada vez más lento.

Como si cada palabra de dolor que les quitaba a los demás encontrara un lugar donde alojarse en su propio cuerpo.

Dos años después, la guerra terminó como empezó: de golpe. Los muchachos del pueblo que sobrevivieron regresaron en un camión destartalado. Juan bajó entre los primeros, buscando los negros ojos de su madre con el andar apresurado de la juventud recobrada. María lo recibió en un patio donde los malvones rojos de las cartas falsas se habían quedado a vivir para siempre en las macetas. Al abrazarla, Juan se extrañó de la calidez eterna que habitaba en ella, como si la guerra no hubiese pasado por su cuerpo. No imaginaba que ese milagro tenía un nombre: Pedro.

Nadie notó la ausencia del cartero hasta el día siguiente. Cuando los vecinos fueron a la oficina postal, encontraron la puerta entreabierta. El viejo Pedro no estaba. La bolsa colgada en el perchero. Los casilleros vacíos. Sobre la mesa de madera quedaba únicamente su pluma estilográfica, ahora convertida en una insignificante rama de sauce. Nadie respondió al llamado de los vecinos pronunciando su nombre.

Se imaginaron y dijeron muchas cosas sobre su desaparición.

El pueblo entero comprendió entonces que el dolor de la guerra, el frío invierno y la sangre que les sacó a las cartas de los soldados no se habían disipado en el aire; se habían quedado a vivir, gota a gota, en los pulmones del hombre que los había salvado con la mentira de su tinta.

Desde entonces, en Pulpi. cada vez que alguien recibía una carta la tomaba con mucho respeto con las dos manos. Para sus habitantes las palabras ya no eran tinta sobre un papel, tenían peso propio y podían llegar a salvar vidas.

PULPI

SEUDÓNIMO: PULPI
AUTORA: PATRICIA POLENTA
CAÑADA DE GÓMEZ

Instituto Superior del Profesorado N°5 "Perito F. Moreno"

Profesorado en Lengua y Literatura

III Concurso Literario Nacional de Poesía y Cuento:

"Fragmentos imperfectos"



1ER LUGAR – CATEGORÍA CUENTO

El peso de las palabras, de Pulpi

¿Cuál es el poder que tienen las palabras? ¿Custodiar un dolor, promesas, añoranzas? Hacer de las personas, del cuerpo y de la memoria, palabras. Palabras que, escritas o no, ocultas, dichas, silenciadas, alteran la materia. Nudos que se generan por aquellas que no quieren salir, que se resisten y se convierten en llanto contenido y luego desolado.

El cuento se construye justamente desde esa intuición: la palabra como una fuerza que moldea cuerpos, vínculos y silencios. La propuesta resulta original y se aleja de lo predecible que podría sugerir el título, porque trasciende la mera ilustración de un concepto y lo encarna en la experiencia de los personajes. Se respeta la estructura del cuento y se trabaja con la claridad la evolución de ese cartero que teje historias con sus sentidos, así como la presencia de la mamá de Juan, María, que funciona como un contrapunto emocional decisivo. El narrador y su focalización resultan adecuados para sostener ese clima íntimo donde cada palabra pesa más de lo que parece.

El relato, que tiene una existencia propia, genera imágenes sensoriales constantes; hay un ritmo detrás de cada frase que instala una tristeza tenue, una nostalgia que acompaña la lectura como un pulso. En ese movimiento, se teje un entramado de palabras que no solo quiebran al personaje, sino también al lector, que de repente se descubre custodio de esas mismas palabras, afectado por su peso y su resonancia.

Ese clima emocional es uno de los mayores aciertos del texto, porque permite que el "peso" de las palabras sea una experiencia que se siente en la respiración del cuento.

El final dialoga plenamente con lo construido. En ese cierre, donde el tiempo parece detenerse, vuelve la pregunta que atraviesa todo el relato: ¿cuál es el peso de las palabras? No se ofrece una respuesta cerrada; más bien se abre un espacio para pensar en lo no dicho, en lo que se acumula, en aquello que transforma silenciosamente a quienes lo guardan.

Cabello, Francisco - Delaygue, Valentina - Tocalli, Natalia

SEGUNDO PREMIO
CATEGORÍA CUENTO

Gigante

Mi tío Jorge era, además de mi tío, mi padrino. Un detalle no menor si se tiene en cuenta que el bautismo fue el primero y el único de los sacramentos que recibí.

Era enorme. Morocho, robusto, musculoso. Yo lo veía invencible.

Era cinturón negro de kung fu, taekwondo y karate.

Decía ser especialista en el manejo del nunchaku. Sin embargo, jamás vi en su casa ni un kimono, ni un cinturón, ni mucho menos un arma oriental. Ni siquiera fotos.

Me fascinaba escucharlo contar historias.

-Dale tío, contame cuando mataste al puma con la ayuda de tu amigo Neno.

-Ah, sí... Esa noche habíamos ido con el Neno a acampar a un monte en las afueras de Carcarañá. Estábamos durmiendo en la carpa y, en medio de la madrugada, sentimos un rugido. Salimos y ahí estaba el puma, a unos metros, listo para atacarnos. Agarramos los cuchillos que habíamos llevado y, cuando se nos abalanzó, el Neno lo sujetó de las patas traseras y yo lo agarré del cuello. Me abrió todo el pecho con las garras, pero alcancé a apuñalarlo desde abajo y pudimos salvarnos. Si no, nos comía a los dos.

Historias como estas llenaban mis tardes de infancia.

En su pieza, sobre la mesita de luz, siempre había ejemplares de las revistas Nippur, El Tony y D'Artagnan. Yo le decía que me las guardara para cuando fuera grande.

Me gustaba mucho salir con él. Lo acompañaba a todas partes donde me dejaba. Yo iba con la ilusión de que pasara algo que terminara en una de sus hazañas, pero nunca pasaba nada. O casi nunca.

Los viernes al mediodía, después de cerrar la carnicería, iba al Banco

Popular, en calle Sarmiento y Rioja, a depositar cheques. Siempre se quedaba un buen rato haciendo cuentas porque los números no le cerraban.

-La puta madre, me metieron un cheque antes.

Y yo pensaba: ahora se calienta y rompe todo el banco. Pero nunca pasaba nada. O casi nunca.

Tenía un Ford Falcon 1962, blanco, con palanca al volante y tapizado rojo.

Los sábados por la tarde no abría la carnicería. Se pasaba horas en el patio, recostado en una reposera, leyendo Nippur.

-Dale, tío, hagamos una pelea. ¿Es verdad que no te duelen mis piñas?

-Nada me duele. Yo no conozco el dolor.

Nos revolcábamos por el patio durante largo rato hasta que mis fuerzas se agotaban.

Fue un sábado, ya anocheciendo, cuando mi tía le dijo:

-Negro, hace calor. ¿No querés ir a la rotisería y comprar unos sándwiches para esta noche?

Antes de que respondiera, yo ya había gritado:

- ¡Te acompaño!

Al rato estábamos los dos arriba del Falcon, con todas las ventanillas abiertas, yendo a toda máquina en busca de la cena. Cuando llegamos me preguntó si bajaba con él o me quedaba en el auto.

-Me quedo.

Yo sabía que en la guantera siempre había caramelos Media Hora. No me dejaban comerlos porque decían que me podía ahogar. Eran asquerosamente ricos, una mezcla extraña de Coca-Cola con jarabe antiparasitario, y yo no podía parar de desearlos.

Me metí dos juntos, me bajé, tiré los papelitos en la zanja y entré a la rotisería.

Mi tío hablaba con Paco, el rotisero, mientras esperaba el pedido. El negocio estaba lleno de gente.

Disimulando, con la boca cerrada y jugando con la lengua a hacer pasar los caramelos por el paladar, me paré a su lado. Me acarició la cabeza sin dejar de hablar con Paco del calor y la humedad.

Mi juego con los caramelos tuvo una inesperada falla y los dos se fueron hacia la garganta, donde quedaron atascados impidiendo el paso del aire.

Al instante comencé a pegarle patadas desesperado. Él seguía acariciándome la cabeza como si nada.

Claro, si nada le dolía.

No podía gritar. Cuando se me empezaron a aflojar las piernas, una señora que estaba en la cola gritó:

- ¡Ese chico se está ahogando!

La visión se me puso borrosa.

Bajó la mirada.

Lo vi gigante.

Tenía los ojos furiosos que yo había imaginado en su lucha contra el puma.

Me agarró de un brazo, me levantó, apoyó mi espalda contra su pecho y

me abrazó a la altura de la panza con una fuerza descomunal.

Los Media Hora salieron disparados como municiones y pegaron contra la vidriera.

La primera bocanada de aire vino acompañada del llanto.

Me giró y me abrazó. Yo me quedé temblando, aferrado a su cuello.

Paco apareció con la bolsa con los sándwiches.

-Después me los pagás, Negro. Andá nomás.

Yo seguía abrazado a su cuello.

- ¿Querés ser un avión? -me dijo al oído.

-Bueno.

En una mano llevaba la bolsa. Con la otra me agarró de la panza y me levantó.

-Abra las alas señor, por favor.

Abrí los brazos.

Nunca había visto el mundo desde tan alto. Cuando estábamos llegando al auto me dijo:

-A cerrar las alas señor.

Y me hizo aterrizar en el asiento trasero metiéndome por la ventanilla.

El viaje de vuelta lo hice sentado atrás. Por el espejo retrovisor vi que lloraba.

- ¿Por qué llorás, tío?

-No estoy llorando, se me metió una basurita en el ojo.

SEUDÓNIMO: REAS
AUTOR: LEANDRO CALORE FUNES

Instituto Superior del Profesorado N°5 "Perito F. Moreno"

Profesorado en Lengua y Literatura

III Concurso Literario Nacional de Poesía y Cuento:

"Fragmentos imperfectos"



2DO LUGAR – CATEGORÍA CUENTO

Gigante, de Reas

El narrador abre la puerta de un hogar habitado por recuerdos. Desde la primera línea despliega imágenes que se perciben con los sentidos porque laten, se vuelven tangibles e incluso parecen emitir un sonido propio. Hay una extraña habilidad en esa voz narrativa, una especie de doble pulso que hace que el lector sea, al mismo tiempo, niño y adulto. Una voz hospitalaria, hecha de angustia y ternura, que se rozan y se funden en una materia única, una que duele por lo que se perdió y por aquello que, quizás, no llegó a existir.

Existe en lo anecdótico una delicadeza particular, cada gesto, cada palabra ajena, cada recuerdo prestado se vuelve parte de un tejido mayor. Se da voz a otros y, a la vez, intuimos sus silencios, sus modos de mirar, la forma en que se quiebran sin decir.

La lectura en voz alta del texto revela un ritmo esencial que, hacia el final, quiebra al lector, como si dentro de la historia convivieran el niño que idealiza y el adulto que comprende demasiado tarde. La mirada infantil hacia ese tío — gigante por presencia, por fuerza, por mito — convive con la vulnerabilidad que se filtra en los intersticios. Hay un juego de planos entre lo físico y lo emocional, lo real y lo recordado, lo que se dice y lo que se calla.

La atmósfera se construye desde esas emociones que no se nombran, pero se perciben. El cuento — porque toma vida — construye un mundo donde la memoria es un territorio movedizo y, a su vez, hospitalario; donde la figura del gigante se vuelve símbolo, refugio y herida. Permanece allí, en la mente del lector, en las palabras y en todos los planos que estas crean y permiten habitar.

Cabello, Francisco - Delaygue, Valentina - Tocalli, Natalia

PRIMERA MENCIÓN
CATEGORÍA CUENTO

DOMADOR

Cada vez que lo veo en silla de ruedas me visitan las fotos de la caída y me deprimo. ¿Por qué dejé que subiera al reservado de Cuellito? Yo sabía que le habían tendido una celada, pero continué la farsa del grupo. Pobre Silverio; quedó inválido de por vida.

Fue en el 82, días antes de la recuperación transitoria de las Islas Malvinas. Se nos había dado por juntarnos todas las tardes en la casa de Pedrito González. Mientras él acicalaba al Refucilo, cinco o seis muchachos tomábamos mate y charlábamos de nuestras aventuras juveniles. Silverio se destacaba por sus relatos camperos. Era de Navarro y llegó a Barrio Dirube en el 78. Relativamente nuevo, enseguida hizo buenas migas con Pedrito, quien despuntaba el vicio de las carreras de sortija, alguna que otra cuadrera y desfilaba en las fiestas patrias —empilchado de lujo— en su tordillo.

Silverio era chueco. Según él, sus piernas arqueadas se debían a que de chico domaba potros y jineteaba reservados. Y nos contaba anécdotas interminables. Yo siempre supuse que exageraba y, a veces, la exageración maridaba con el bolazo.

—Me acuerdo cuando en Jesús María… —y arrancaba con pormenores de una supuesta jineteada en un reservado overo.

Lo escuchábamos atentos, porque, después de todo, notábamos que se divertía narrando sus habilidades —aparentes— de domador y jinete curtido.

—Digan que estoy retirado, sino me iba a amansar potros en alguna estancia del sur. Han venido a buscarme unos copetudos…

—¿Y por qué no vas? —le preguntábamos.

—Se acabó, pero en cualquier momento no me ven más el pelo.

Así descartaba cualquier posibilidad de retornar a la doma. Prefería el relato, llamar la atención, recuperar corcovos, lonjas y aparceros distraídos.

—Un día me trajeron un bagual de Lobos, muy chúcaro el rosillo, pero me le afirmé con dos fustazos en el hocico, lo saqué al campo y lo dejé mansito como una oveja.

—Eras bueno entonces…

—¿Bueno? ¡Buenísimo! Me reclamaban los patrones de los alrededores, pero yo siempre fui de don Obdulio Berro, él me crio y a él le debo todo lo que soy.

En realidad, no entendíamos a qué se refería, porque no trabajaba; vivía de la jubilación de su madre y cada muerte de obispo hacía alguna changa en los hornos de ladrillos.

—A este lo vamos a curar —me dijo Pedrito—. Me tiene cansado con sus historietas. Quiero ver de qué se disfraza cuando le traiga un reservado, no te digo un chúcaro para que lo amanse, sino un reservado para que jinetee no más.

Silverio era enjuto, de regular estatura, aunque de brazos largos y fibrosos. Vestía bombachas verdes desteñidas y alpargatas, un sombrero panza de burro y un eterno pañuelo colorado al cuello que, creo, no se lo sacaba ni para dormir.

—Las carneadas de don Obdulio eran colosales —abrió grandes los ojos y pitó profundo—. Una vez carneó dos chanchos de trescientos kilos y un novillito. Resulta que al novillito nadie lo quería degollar, les daba pena. Me preguntó el patrón: "¿te le animás?". No me voy a animar. Primero lo medí y lo calcé en la cabeza.

—¿Con un fierro? —pregunté.

—No, pibe. Le metí una trompada.

—¿Lo volteaste? —insistí.

—Voltear lo que se dice voltear, no; pero le dejé las patitas temblando.

Nuestras carcajadas, para su disgusto, estallaban como petardos en Nochebuena. Entonces, se ofendía:

—Si me toman a la chacota, me las pico.

—¡Quedate, Silverio! Estos nenes de mamá no saben nada de campo —lo tranquilizaba Pedrito.

Y Silverio retomaba la conversación, dejando que se enfríe el mate.

—Mañana vení sin falta, paisano —le dijo Pedrito, y Silverio largó un "¡más vale!".

Al otro día, un integrante del Círculo Tradicionalista El Relincho trajo un potro. Silverio lo miraba, le acariciaba las paletas, se alisaba el bigote.

—¡Lindo pingo! —exclamó.

—Es para vos —dijo Pedrito.

—¿Un regalo?

—No, belinún, para que lo subas.

La cara de Silverio concentró toda la palidez del mundo. Los muchachos nos miramos expectantes. Pedrito nos guiñó un ojo cómplice. Por unos instantes solo se escuchaba el griterío de las urracas en las acacias y, en la lejanía de un alero, un gallo blanco Leghorn batía sus alas.

—Ya le pongo la encimera y los bastos —dijo el amigo de Pedrito.

Una vez que estuvo preparado el animal —un reservado de la tropilla de Cuellito, paisano de Marcos Paz—, Pedrito empujó a Silverio.

—¿No me digas que tenés miedo?

—Es que ando con dolores de cintura, no estoy entero —arguyó.

—Bueno, muchachos, vamos a cambiarle los pañales —ironizó Pedrito.

Fue entonces que Silverio sacó amor propio aceptando el desafío. Pidió espuelas y un rebenque.

—Ajusten la cincha con fuerza —exigió.

Montó confiado, con las cejas fruncidas. Noté cierta impericia al agarrar las riendas. Apenas destaparon los ojos del caballo, no alcanzó siquiera a revolear la fusta: un corcovo violento lo tiró de espaldas contra el palenque del Refucilo. Fue un ruido seco, como la quebradura de una rama.

Quedamos petrificados. Silverio derramaba abundante dolor y mordía el cabo del rebenque. Lo llevamos en una estanciera desvencijada al Hospital de Merlo, pero fue en vano. Expeditivo, a la semana Pedrito organizó una peña folclórica para recaudar fondos y el Club de Leones donó la silla de ruedas.

Suspendimos las mateadas. Motivos sobraban. Máxime después de que Silverio se apersonara para plantearnos algunas ideas que ocupaban su mente.

—Andás en un cero kilómetro, paisano —dijo Pedrito al verlo llegar aquella tarde.

—No me quejo —respondió Silverio—. Pero ustedes son una caterva de mal paridos.

Dio media vuelta y nos dejó de seña. Había que verlo con qué habilidad manejaba la silla de ruedas. Ahora usa guantes negros. Sin dedos.

FORTUNATO

SEUDÓNIMO: FORTUNATO

AUTOR: HORACIO POGGI

MARIANO ACOSTA – BUENOS AIRES

Instituto Superior del Profesorado N°5 "Perito F. Moreno"

Profesorado en Lengua y Literatura

III Concurso Literario Nacional de Poesía y Cuento:

"Fragmentos imperfectos"



1RA MENCIÓN – CATEGORÍA CUENTO

Domador, de Fortunato

El cuento logra construir con notable eficacia un microuniverso asfixiante y provinciano, anclado temporalmente en 1982, en los días previos a la Guerra de Malvinas. La figura de Silverio -el forastero chueco, de piernas arqueadas y relatos hiperbólicos- encarna al arquetipo del fabulador de pueblo, ese personaje que necesita inventar una épica campera (la doma de reservados en Jesús María, las hazañas con don Obdulio Berro) para sobrevivir a la opacidad y la pobreza de su realidad cotidiana (vivir de la jubilación de la madre y changas en hornos de ladrillos).

La mirada del narrador en primera persona (cómplice al principio, culposo y melancólico al final) establece un pacto de lectura realista que se va tensando hacia una zona de crueldad sutil. El contraste entre la fanfarronería verbal de Silverio y su fragilidad física real está manejado con precisión: los indicios de su inexperiencia (las piernas arqueadas por la edad o la vida, no por domar potros; las alpargatas; la vacilación) anticipan la tragedia sin caer en golpes bajos innecesarios hasta el desenlace.

Cabello, Francisco - Delaygue, Valentina - Tocalli, Natalia

SEGUNDA MENCIÓN
CATEGORÍA CUENTO

El abrigo

Aron

Con la taza de café quemándose las manos, desgastadas y ya cansadas por el peso de los años, Miguel bebió su primer sorbo. Como era de esperar se quemó la lengua y tal acción le dio paso para quejarse del frío, a su edad ya no quería saber más nada relacionado con bajas temperaturas.

—¡Ojito con resfriarte, Miguel! —exclamó Lidia, su esposa.

Miguel era de esos hombres ¡de antes! No le gustaba abrigarse, pensaba que lo haría ver débil: “menos hombre”.

—Ya empiezas desde temprano con tus retos…

—Soy un poco molesta, lo sé, pero sabes que no puedes pescarte un resfrío, por más pequeño que sea, se te va la fiebre por las nubes y cuesta el doble bajártela a ti.

Debido a su edad, eran muy seleccionados los remedios que estaba habilitado para tomar.

—¡Lidia, no debes llamar a la enfermedad!

Parecía que gritaba, pero era consecuencia de su perdida de audición.

—Miguel, solo ponte un abrigo, no es tan complicado, después la que tiene que andar corriendo atrás tuyo soy yo.

—¡Qué no me voy a enfermar te digo!

—¿Cómo puedes ser tan porfiado? ¿Qué te cuesta?

—Hasta que hago todo eso se me enfría el café, Lidia.

—Hagamos una cosa, yo lo busco y te lo traigo, ¿sí?

Miguel metió la mano en el bolsillo del pantalón buscando algo que parecía no encontrar.

—¿Qué buscas? —preguntó Lidia, intrigada—. ¡No me digas que estás buscando un pañuelo! ¡Te dije! Ya empezaste con mocos, es el principio del resfrío. —Se agarró la cabeza.

—¡Siempre con la exageración a flor de piel, Lidia! Debes calmarte, no es para hacer tanto espamento.

—¡Solo hazme caso y ponte la campera! Ya demasiado me haces renegar sano, como para andar buscándola —dijo con los pelos de punta—. Además, si oíste el pronóstico, para la tarde ya dan algo de sol y va a estar más agradable.

—Lo leí en el periódico.

—Y sí… escuchar no creo si estás quedando sordo. ¡Sordo y testarudo!

—¡Cállate un poco, Lidia. Me taladras la cabeza! Bla, bla y más bla… solo déjame disfrutar del café y leer mi periódico en paz.

Lidia, a pesar de todo, se dirigió al ropero de la habitación y regresó con el abrigo en brazos.

—¡Pensé que te habías ido de una buena vez a dormir! —dijo Miguel, apretando los dientes.

—¡No sin antes hacer que te pongas el abrigo! —Se acercó para dárselo—. ¡Ponte el abrigo!

Miguel la rechazó.

—¡Déjame en paz, Lidia!

—¡Ponte el abrigo, Miguel!

—¡Déjame en paz, Lidia!

—¡Ponte el abrigo, Miguel! —Se situó la mano en el corazón y cayó desplomada al piso.

Miguel preocupado se levantó rápido de la silla y se arrojó al suelo con ella.

—Lidia, ¿me oyes? ¡Lidia! ¡Lidia! ¡Lidia! —Se percató de que no respiraba—. ¡Lidia! ¡Lidia! ¡Lidia! ¡Lidia! ¡Lidia! ¡Lidia!

Ya cansado y sin voz levantó su cuerpo cargado de dolor, se colocó el abrigo y regresó al suelo para acostarse una última vez a su lado…

SEUDÓNIMO: ARON
AUTOR: SANTIAGO AGOSTINI
SALTO GRANDE

Instituto Superior del Profesorado N°5 “Perito F. Moreno”

Profesorado en Lengua y Literatura

III Concurso Literario Nacional de Poesía y Cuento:

“Fragmentos imperfectos”

2DA MENCIÓN – CATEGORÍA CUENTO

El abrigo, de Aron

"El abrigo" es un cuento breve que golpea al lector por su realismo. Explora la fragilidad de la vida mostrando cómo la muerte puede irrumpir en lo cotidiano; la terquedad que impide ceder ante demostraciones de afecto y cuidado; y la culpa a través de una escena que nos resulta familiar pero que escala rápidamente.

La interacción entre Miguel y Lidia es el motor del relato. Está construida con naturalidad y logra reflejar la dinámica de un matrimonio de muchos años, con sus dificultades comunicativas y reproches: "¡Sordo y testarudo!" y un trasfondo de cariño y preocupación.

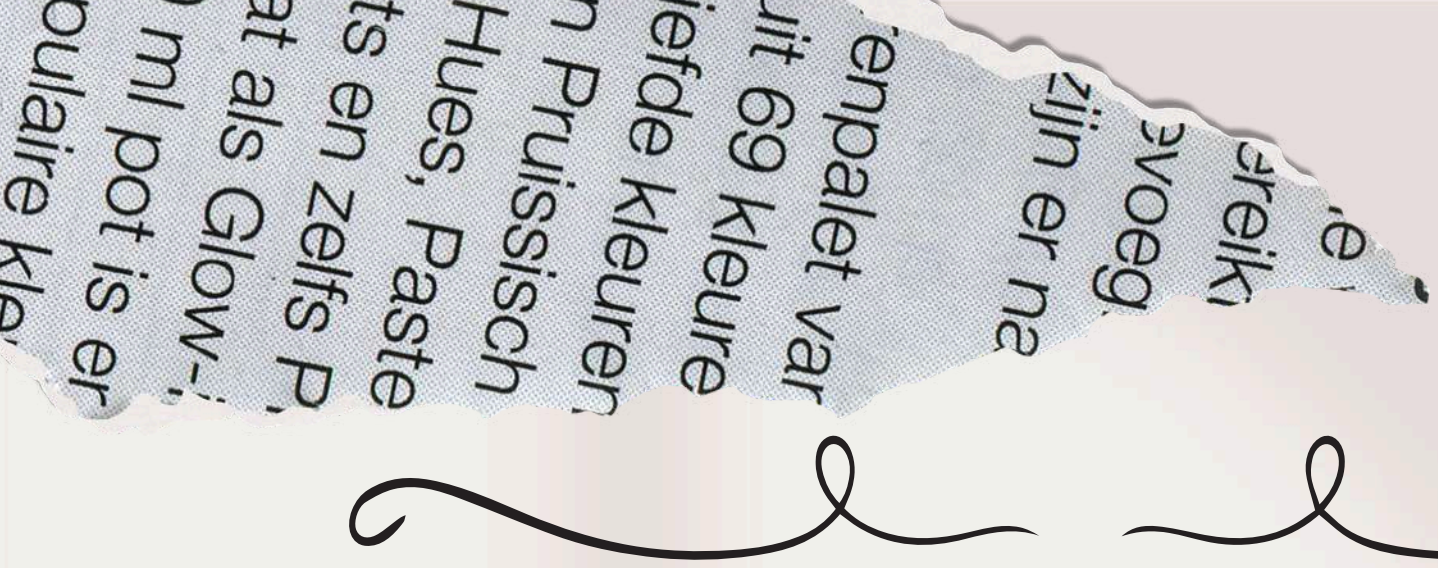
El texto maneja con eficacia la tensión que va subiendo a través de un diálogo repetitivo: "—¡Ponte el abrigo! —¡Déjame en paz..."

El acto final de Miguel es un intento desesperado de acercarse a su esposa cuando ya es demasiado tarde.

La tragedia nace de la ironía. Miguel se resistía a ponerse el abrigo pero la muerte de Lidia lo despoja de todo orgullo. Su decisión de acostarse a su lado con el abrigo puesto sugiere un dejarse morir uniendo el amor y la culpa en una última imagen desgarradora.

El "abrigo" funciona muy bien como el elemento central de la discordia y, al mismo tiempo, como el símbolo final de la resignación, el remordimiento y el último lazo de unión con la esposa fallecida y amada.

Cabello, Francisco - Delaygue, Valentina - Tocalli, Natalia



Gracias por participar

